

0M. 3069

253

SERMON

PANEGÍRICO MORAL DE LOS GLORIOSOS MÁRTIRES S. COSME Y S. DAMIAN,

PREDICADO

AL REAL TRIBUNAL DEL PROTOMEDICATO
en la solemne fiesta, que en el Monasterio de S. Ba-
silio el Magno celebra anualmente el día 27
de Septiembre:

POR

DON FRANCISCO MEDINA GILABERT,
PRESBITERO.

PUBLICADO

Á instancia y expensas del Real Tribunal
del Protomedicato.



CON LICENCIA.

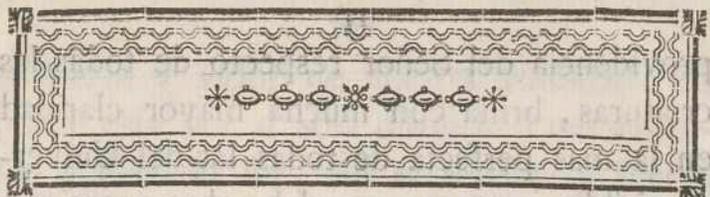
EN MADRID: POR LA VIUDA DE IBARRA.
AÑO DE MDCCLXXXVIII.

S. COLEMAN & COMPANY
 MANAGERS
 OF THE
 GREAT BRITAIN
 EXHIBITION
 1884

THE
 GREAT BRITAIN
 EXHIBITION
 1884



EXHIBITION
 1884



DOCTRINA.

Aquel gran Dios, que, como dice el Sabio ¹, dispone todas las cosas con suavidad y eficacia, mueve á cada una de las criaturas á los debidos fines, para que las produjo, imprimiendo en ellas qualidades, formas ó virtudes que las inclinan connaturalmente á ellos. Sin el auxilio, pues, de estas interiores y ocultas fuerzas, que hacen obrar á las causas naturales, dirigiéndolas á los fines de su creacion, cuyo admirable arcano ninguna Filosofia ha llegado hasta ahora á comprehender, se veria otra vez toda la naturaleza reducida al confuso caos, en que estuvo envuelta en su principio. Esta sabia

A 2

¹ Cap. 8. v. 1.

providencia del Señor respecto de todas las criaturas, brilla con mucha mayor claridad en la mas perfecta de todas las del Universo visible, esto es, en el hombre; pero con la notable y esencial diferencia, de que si en las demas es efecto necesario la consecucion de el fin para que fueron producidas, el hombre como dotado de la inestimable prenda de la voluntad, es en todo punto libre para adquirirle, sin que por esto dexé de serle absolutamente necesario el auxilio ó impulso divino para moverse á conseguirle. Quiero decir:

Apenas hay verdad mas cierta, ni mas generalmente recibida que el que el hombre solo fué criado con el fin de amar á Dios en esta vida, y gozarle despues en la otra, y por consiguiente, que á este objeto, y no á otro debe dirigir todas sus ideas y acciones en este mundo: pero como la naturaleza humana, dañada por el pecado de nuestros primeros Padres, está mas inclinada á lo que nos separa de este nuestro último fin, esto es, á lo malo; y por otra parte, Dios, como Autor sobrenatural de nuestra eterna bienaventuranza, es un objeto, que excede

la fuerza y vigor de nuestra voluntad, no puede esta por sí sola dirigirse á tan supremo y elevado fin, sin el auxilio y fuerza de un hábito, ó virtud interior y sobrenatural, que la mueva é incline, haciéndola obrar con facilidad y con deleyte. Esta virtud, que Dios está siempre pronto á infundir, en quien de todo corazón la desee, es la caridad, la qual nos eleva á amar á Dios, como á nuestro único fin, dirigiendo á su gloria todas nuestras acciones: de donde legítimamente se infiere, que sin el adorno de esta virtud de tal modo somos incapaces de proporcionarnos la consecucion de la eterna bienaventuranza, para que fuimos criados, que las acciones al parecer mas heroycas, y mas acreedoras á ella, quedan sin valor, ni mérito alguno ante los Divinos ojos.

Sí, Señores, todo lo que no es caridad ó se funda en ella, va perdido, y no pasa con nosotros á el país donde caminamos: todo queda por acá, y desaparece, por mas lustroso y brillante que sea, por mas que arrastre tras sí la estimacion y aprecio de los hombres, por mas visos que tenga de honesto, santo y loable. Aun esas patrióticas

acciones, tantas veces preconizadas, en las que ponemos nuestra mayor confianza, creyéndonos ricos con ellas, si la caridad no las anima, serán desechadas, y nos sucederá con ellas lo que el Real Profeta David dice de los poderosos¹, que al despertar del sueño de esta vida nos hallaremos pobres, y con las manos vacías.

Por esta razon se nos enseña en la Doctrina Christiana, que la caridad es la mayor de todas las virtudes, porque á todas las dá vida, y las endereza á su verdadero fin, que es Dios. Y á la verdad, si atentamente exâminamos esta virtud, hallaremos con San Agustin, que á todas las demas las contiene en sí. Porque ¿que otra cosa es por exemplo la virtud de la fortaleza sino un amor de Dios, que todo lo sufre? ¿que la templanza sino un amor sobrio, que se priva por Dios de todo deleyte pecaminoso? ¿que la prudencia, sino un amor discreto é ilustrado, que solo elige aquello que con mas seguridad puede encaminarle á su Dios? ¿y que finalmente la justicia sino un amor fiel, que da por Dios todo lo que debe dar?

¹ Psalm. 75. 6.

Mas no solo vivifica la caridad á todas las demas virtudes en tanto grado , que , como dice San Pablo ¹, ni la mas ardiente fe, ni la penitencia mas fervorosa , ni la mas liberal limosna aprovecha sin ella , sino que aun en las acciones mas comunes , en los ejercicios mas frecuentes , y en los mas ordinarios quehaceres de la vida imprime cierto caracter de elevacion , que en algun modo los hace sobrenaturales , y dignos sin duda alguna de la vida eterna. Y la razon es, porque á la manera que el sarmiento unido, y junto á la vid produce fruto , no por su propia virtud , sino por la que la cepa le comunica ; así en nosotros , si por la caridad nos hallamos unidos á nuestro Redentor Jesuchristo como miembros á la cabeza , todas nuestras acciones y buenas obras toman su valor del mismo Jesuchristo , y no siendo ellas en sí , como procedidas de nosotros , sino unas miserables cañas huecas sin fruto alguno , se vuelven por la caridad de un precio superior , y de un peso inmenso de gloria. Así nos lo da á entender el mismo Doctor de las Gentes S. Pablo ² quando

1 1. ad Cor. 13. 2. y 3. 2 1. ad Cor. 3. 18.

aconseja á los fieles de la Ciudad de Corinto, que toda su conducta, sus penosas tareas, los empleos de su profesion, todo por último, aun la comida, la bebida, el sueño tenga á Dios por fin, y obren en todo con el deseo de agradar á Dios.

Y ved aquí, Señores, el gran secreto con que todos esos héroes del Christianismo, que veneramos en los Altares, se elevaron al superior grado de santidad, que es el asunto de nuestras admiraciones. No, no fueron precisamente, ni sus asombrosas penitencias, ni sus casi continuas oraciones, ni accion alguna de aquellas muchas heroycas, que con pasmo leemos en sus vidas, la que los colocó en el distinguido puesto de gloria, que á el presente gozan; fué sí la caridad; la caridad, que animaba todas sus acciones, y les hacia buscar en todas ellas á Dios, como fin único por quien debian anhelar. Esta superior caridad de los Santos, que siempre iba unida á todas sus acciones, es la que nuestra Madre la Iglesia desea de nosotros, quando nos los propone como objetos de nuestra imitacion; todos los demas prodigios y maravillas, que por lo comun nos

embelesan y pasman , son únicamente efectos de este fecundo principio. En una palabra , el esmero con que los Santos trabajaron en la christiana perfeccion de su estado , debe ser el asunto de nuestra piadosa emulacion.

Pues ya tenemos , Señores , tambien descubierto el verdadero espíritu , que debe animar estos festivos cultos , que á los dos gloriosos Médicos , y valerosos Mártires de Jesuchristo San Cosme y San Damian tributa el Sabio y Real Tribunal del Protomedicato , quien , como cabeza , reúne en sí las veces y facultad de todos los Profesores de Medicina , para honrar como es debido á tan illustres Patronos. Y si este debe ser el principal objeto de la presente festividad ; si al permitir y aprobar nuestra Madre la Iglesia , que los fieles celebren con públicas y alegres demostraciones la heroyca virtud de los Santos , lo único á que se dirigen sus deseos es , á que mirándolos como exemplares , nos sirva su vida para arreglar nuestras operaciones , animar nuestra voluntad , y encender en nosotros un vivo deseo de imitarlos : hallándome yo obligado por encargo (mejor di-

ré por precepto , á que no me es lícito desobedecer) de este Sabio y Real Tribunal á formaros el Panegírico de los dos gloriosos Patronos de la Medicina ; y componiéndose gran parte de mi auditorio de instruidos profesores en los tres nobles ramos de dicha facultad , ¿que otro asunto me queda á mí que escoger para cumplir con las intenciones de la Iglesia , sino proponeros á estos dos gloriosos Santos , como dos perfectos profesores de Medicina ?

En efecto , Señores , este será el asunto del presente discurso , en el que atendiendo mas principalmente á vuestra instruccion y aprovechamiento espiritual , procuraré demostraros , que la caridad fué la que elevó á los Santos Cosme y Damian al honor de perfectos Médicos christianos. Pero ante todas cosas postrémonos rendidos y humildes ante el trono de aquel Dios Sacramentado, suplicándole con todo fervor se digne usar con nosotros de sus infinitas misericordias, concediéndoos á vosotros un corazon docil á la verdad , y á mí un rayo de su Sabiduría para que mis labios no pronuncien expresion alguna menos digna de la santidad de este

sitio. Y para que estas nuestras súplicas sean mas favorablemente despachadas , interese-
mos en ellas á la Reyna de los Ángeles Ma-
ría Santísima. *AVE MARÍA.*

*Et omnis turba quærebat eum tangere: quia vir-
tus de illo exibat , et sanabat omnes. Luc.
cap. 6.*

SEÑORES.

Si yo solo viniera á este sagrado lugar á hablaros segun las débiles ideas de la ciencia humana, desentendiéndome de los sublimes principios que nos inspira nuestra santa y católica religion ; si mi ánimo no se extendiera sino á dibuxaros un perfecto Médico , segun que se acostumbra pintar entre los hombres , me contentaria sin duda con presentar á vuestra consideracion aquellos elevados elogios , que la antigüedad tributó á los Hipócrates , á los Galenos , y á los demás sabios , que son venerados como padres de la ciencia Médica. Os diria , que aquel solo debe ser tenido por perfecto en esta facultad , que para adquirirla se dedica con

todo estudio á indagar los secretos de la naturaleza, las leyes y reglas de los movimientos sensibles, la estructura y composicion del cuerpo humano, los oficios y funciones de cada una de sus partes, y la esencia y propiedades de los varios agentes, que pueden alterarlo. Ni menos dexaria de pedir como requisito necesario para la perfeccion de esta ciencia, la penetracion del diverso temperamento de cada uno de los enfermos, el exácto conocimiento de las enfermedades, de las virtudes medicinales de las plantas, de los minerales y piedras; nada en fin omitiria de quanto, como vosotros mejor que yo sabeis, es indispensable á un facultativo, para gloriarse legítimamente del honroso título de Médico. De este modo procuraria yo formar en vosotros la idea de un perfecto profesor de Medicina. Mas despues de haber buscado para ello los mas nerviosos argumentos, despues de haber apurado, digamos así, para convenceros todos los primores de la oratoria, despues de haber alegado quantos testimonios de sabios puedan encontrarse en abono de semejante asercion, ¿podria yo por ventura gloriarme en verdad

de haber cumplido con lo que pide la santidad de este sitio ? ¿de haberos enseñado la christiana perfeccion de vuestro estado ? ¡Ah! que quizá solo habria molestado vuestra atencion ; quizá se diria que no habia hecho otra cosa sino satirizaros.

Porque á la verdad , en presencia de un tan docto y sabio Tribunal , que con tanto teson y esmero trabaja , no solo proporcionando en las Academias , en los Colegios y en las Escuelas los medios para perfeccionar la Medicina en sus tres nobles ramos , sino es oponiéndose tambien con valor á aquellos malos patricios , que deslumbrados con algunos aparentes ó fingidos buenos efectos de una arbitraria composicion , que ellos llaman secreto , y destituidos enteramente aun del mas leve conocimiento de toda enfermedad , intentan , con desprecio de nuestras antiguas y prudentísimas leyes ¹, engañar al Estado;

1 "Atento que el Reyno está lleno de gentes que curan sin licencia, por ser las penas de la Premática muy leves, de seis mil maravedis por cada vez que se les probare haber curado sin licencia, y con libertad y desacato se atreven á curar públicamente en tanto daño y perjuicio de los naturales de él: mandamos que la dicha pena sea por la primera vez los dichos seis mil maravedis; y por la segunda doce mil maravedis::: y por la tercera demas de los dichos doce mil maravedis, dos años de destierro preciso de la Corte, y cinco
"le-

á vista , digo , de una tan cuerda y vigilante conducta para el mayor adelantamiento de la ciencia Médica ; ¿cómo no dexaria de ser inútil , y quizá interpretado siniestramente por aquellos , que parecen nacidos con una secreta inclinacion á la bufonada y á la sátira , cuyo número en estos dias de superficialidad no es pequeño , quanto yo pudiera deciros tocante á los científicos conocimientos que deben adornar á un perfecto Profesor ?

No , Señores , ni creo necesario detenerme en semejante particular , pues á todos os supongo , mal dixere , os tengo en la realidad por adelantados respectivamente en la profesion ; ni con esto me daria yo tampoco por contento de haber satisfecho la honrosa comision , en que me hallo empeñado. La perfeccion que intento descubrir en los Santos Cosme y Damian , y á la que deseo ex-

»leguas , y de la Ciudad , Villa , ó Lugar donde sucediere : :
 »Que los Protomédicos no den licencia á ninguna persona ,
 »que no fuere Médico ó Boticario aprobado , para que hagan
 »polvos ó tabletas purgativas , ni receten no siendo Médicos
 »ó Cirujanos aprobados , porque los ignorantes suelen dar es-
 »tas cosas sin comunicarlo con Médicos , y se han visto y ven
 »muchas muertes y malos sucesos , pues no saben para darlos
 »la ocasion , ni conocen el humor , ni la complexión del enfer-
 »mo , ni sus fuerzas &c." Tit. 16. Ley 11. cap. 15. y 16. Léase toda dicha Ley.

citar vuestros corazones , no es una perfeccion puramente mundana ; esto es , no se limita , ni coloca su principal objeto en cosa alguna de este mundo ; mas alto , mas elevado fin es el que la anima : es , para decirlo de una vez , una perfeccion christiana, la qual , en sentir de San Francisco de Sales ¹ , consiste en enderezar todos los medios á su fin , y en servirse de los que son propios y convenientes al estado de cada uno para adelantar en la caridad , en cuya virtud estriba la verdadera y esencial perfeccion del christianismo , y sin ella no hay cosa que pueda llamarse verdaderamente perfecta. Porque si aquella debe decirse tal , á la qual nada le falta , y si , como os dixé al principio , ninguna virtud puede llegar á su fin último , que es la gloria de Dios , sin la caridad , dicho se está que sin ella ninguna puede tampoco llamarse perfecta , y por consiguiente ni llevarnos á tocar el punto céntrico de la verdadera perfeccion de nuestro estado.

Tal fué , Señores , la perfeccion que poseyeron nuestros Santos en el honroso exer-

¹ Espiritu de S. Francisco de Sales, tom. 1. part. 6. cap. 6.

cicio de la Medicina. Nacidos en un pais donde esta facultad estaba abandonada , y dotados de una bella índole , acompañada de un ingenio vivo , brillante , y muy superior á el de los otros tres hermanos suyos los Santos Mártires Antemio , Leoncio y Euprepio , se persuadieron á que habilitándose en ella , los proporcionaria la mas oportuna ocasion para exercitar su grande caridad , atendiendo á curar no solo las enfermedades del cuerpo , sino mas particularmente las dolencias y estragos del espíritu. Bendixo el Señor sus zelosos intentos , y se aventajaron tanto en poco tiempo en la penetracion de la naturaleza , y de la Medicina , que su reputacion los hizo célebres en todo aquel pais , de suerte que se decia públicamente de ellos lo mismo que el Sagrado Evangelio nos refiere hoy de Jesuchristo ; esto es , que de todas partes concurrían á ellos los enfermos con la cierta esperanza de recobrar su salud. ¡Mas de que manera os parece , fieles , darian principio á su carrera? Desde luego se propusieron seguir las pisadas de Jesuchristo , y aprender de este divino Maestro el verdadero método de curar. Su continua y profunda me-

ditacion en la preciosa vida de este Señor, les enseñó el único y preciso camino para llegar á la verdadera perfeccion de su estado. Veían en su Divino Maestro un indecible amor para con los enfermos, un total desinterés en sanarlos, una absoluta generalidad con pobres y ricos, una viva prontitud y diligencia en el remedio, y una interior complacencia y gozo en el alivio. Admiraban en él aquella constante mansedumbre, que la mas inconsiderada tropelía jamas fué capaz de alterar: aquella inexplicable dulzura con que á todas horas recibía á quantos venían á buscar su salud; y finalmente aquella inmensa caridad, que nunca negó su proteccion á todo el que la llegó á implorar. Sí, este divino modelo fué el que San Cosme y San Damian se propusieron para su imitacion. ¡Ah! y si la antigüedad no nos hubiera confundido sus prodigiosas acciones, ¡con cuánto gusto mio no llamaría yo ahora vuestra atencion á la Arabia y demas Provincias, que fueron el teatro donde con toda claridad brillaron nuestros dos gloriosos Médicos! Allí vérais que ninguno de sus enfermos se que-

jó nunca de no haber sido por ellos consolado : que ninguno hubo que no recibiese de sus mismas manos la medicina : que en sus mayores apuros , en las horas mas críticas los encontraron siempre prontos á su socorro : que si carecian del preciso alimento para sustentarse , con todo gusto se lo proporcionaban : que si se hallaban sin facultades para proveerse de medicinas , con todo amor se las franqueaban : que si estaban destituidos del socorro de asistentes , con sumo cariño se constituían enfermeros ; y finalmente , que á todos atendian , á todos consolaban , imitando en todo á su Divino Maestro Jesuchristo. Pero aunque por desgracia nuestra carecemos de una fiel y circunstanciada relacion de estas gloriosas acciones de nuestros dos ilustres Médicos , no por eso podemos prudentemente dudar de ellas , pues todas son conseqüencias precisas de una caridad tal , como la que por todos los antiguos monumentos nos consta inflamó sus corazones. Basta para prueba de esta verdad , lo que muchas veces habreis oido decir , aquel desprecio del dinero , aquel general desinteres con que asistian á todos. No , no era la esperan-

za de algun temporal emolumento, el ansia de alguna lucrosa recompensa, el deseo de formar algun grueso caudal; lo que les movia á ser solícitos en la asistencia de los enfermos, era sí la caridad: la caridad, esa noble y elevada virtud, que como dice el Apostol San Pablo ¹, es paciente, llena de dulzura, enemiga de la vanidad y de la ambicion, y que no busca sus propios intereses, sino los del próximo: esa virtud, digo, fué la que les hacia mirar igualmente á el Príncipe que á el vasallo, á el noble que á el plebeyo, á el rico que á el pobre, para asistirlos á todos graciosamente, sin recibir de nadie recompensa. La caridad era la que les hacia contemplar en cada uno de sus enfermos á el mismo Jesuchristo, que les ofrecia la posesion de su Reyno en premio de sus visitas. La caridad era la que les hacia interesarse tanto en las enfermedades de sus próximos, que podian muy bien repetir con el mismo San Pablo, ¿quien de vosotros ² está enfermo, que yo no enferme con él? Pues si un tan activo y poderoso principio era el que movia las operaciones de nuestros dos

¹ 1. ad Cor. cap. 13. v. 4. ² 2. ad Cor. cap. 11.

gloriosos Médicos, ¿quien dudará ya, ó por mejor decir, quien será capaz de explicar su solicitud, su cuidado, su esmero, su aplicacion, su verdadero deseo de la salud de todos sus enfermos?

No quisiera, Señores, que al elogiaros el noble y general desinterés de nuestros Santos, se me atribuyera alguna siniestra intencion. Sé muy bien por quantos títulos son acreedores los Facultativos á la recompensa, y que si se quisiese valuar el justo precio de las vigiliass, estudios, trabajos, gastos, incomodidades y peligros que cuesta la adquisicion y exercicio de esta noble ciencia, apenas el mas grande premio pareceria suficiente para recompensarle. Ni tampoco ignoro que la heroyca caridad de nuestros Santos fué la que los movió á carecer voluntariamente de aquel interés, que con toda razon podian exîgir como paga justa de su trabajo, privándose así de lo que les era lícito. Y finalmente es cosa averiguada, y que nadie puede dudar la obligacion de justicia que todos tenemos de no defraudar al facultativo del precio de sus tareas; en cuya consideracion no es mi ánimo, ni persuadir á los fie-

les ser un acto puramente voluntario la satisfaccion ó paga de aquellos que trabajan en recobrarles su perdida salud, ni mucho menos graduar de criminales ó pecaminosas las gratificaciones, premios ó recompensas que los profesores reciben de mano de los poderosos: sería esto abusar, en perjuicio de mis oyentes, de la confianza que de mí hace este tan respetable Tribunal. Muy diversa es mi intencion. Solo deseo que el exemplo de nuestros dos gloriosos Médicos os excite á adquirir la verdadera y christiana perfeccion de vuestro estado: quiero decir, solo deseo persuadiros, que el principal objeto á que debeis mirar en el honroso exercicio de vuestra profesion, no debe ser, ni el interes, ni la fama, ni la reputacion, sino la caridad; esa virtud, sin la qual nadie puede en verdad gloriarse de perfecto.

Desechad pues, ó nobles profesores, de vuestro corazon qualquiera otro motivo menos santo. Reynen en vosotros los sentimientos de amor, de dulzura, de compasion y de misericordia para con los enfermos. Hallen estos en vosotros, no un Médico indiferente, sino un verdadero amigo solícito de

su salud , y siempre pronto á escuchar con ternura sus ayes y gemidos. Acrediten vuestros procedimientos con los pobres , que la caridad es el único movil de vuestras acciones. Sí , ya me parece que oygo á estos desgraciados , para quienes la enfermedad es un nuevo grado de pobreza , dar un glorioso testimonio de vosotros. No se quejan ya , de que olvidados de aquella sagrada obligacion que contraisteis , de aquella precisa condicion , baxo la qual se os concedió el libre uso de vuestra facultad , no dais oidos á sus clamores , si no van acompañados de los ofrecimientos. Publican , sí , al contrario , que zelosos de un tan sagrado y obligatorio juramento , no solo no les pedis satisfaccion alguna , pero ni aun la admitis , quando ellos movidos , ó de agradecimiento , ó de un necio pundonor se esfuerzan con detrimento suyo á recompensaros. Ni menos les escucho ya exclamar contra vuestra indiferencia, vuestra omision , vuestro descuido en visitarlos. No , no , sus voces no son ya de quejas , de clamores , ni de sentimientos. El mismo amor , el mismo cuidado , el mismo esmero experimentan de vosotros en medio de

su pobreza, que pudieran prometerse si se hallaran en la mayor opulencia. Ven con indecible consuelo, que la caridad os hace tan sufridos y pacientes entre sus ascos, hediondes é impertinencias, que sin temor, ni empacho alguno pueden aun á la hora mas incómoda implorar vuestro socorro.

Mas no debo omitir, Señores, que si la grande caridad de nuestros gloriosos Médicos les hacia mostrarse tan solícitos en la sanidad del cuerpo, mucha mayor atencion les merecia la del alma. Y así debia ser, habiéndose propuesto, como os dixé antes, seguir las pisadas de Jesuchristo, y aprender de este Divino Maestro el verdadero método de curar. ¿ Quien es, por medianamente impuesto que se halle en la sagrada Escritura, el que ignore que apenas en toda ella se encontrará exemplar alguno de enfermo, que á el mismo tiempo no saliese de las poderosas manos de Jesuchristo libre de las enfermedades del cuerpo, y de las dolencias del alma? Llenos están los Sagrados Evangelios de estas duplicadas curaciones, y me parece sería molestaros quererme yo ahora detener á probaros semejante verdad. Basta lo

que de sí propio nos asegura el mismo Jesuchristo por boca del Evangelista San Juan; esto es, que sanaba á todo el hombre entero¹: *Totum hominem sanum feci*. Pues este divino modelo siguieron nuestros ilustres Santos San Cosme y San Damian. Elevada su caridad á la mas alta cumbre de perfeccion, miraban á todos sus enfermos como á criaturas de Dios, hijos de un mismo Padre, y destinados todos á un mismo fin. No hacian distincion del Judío, del Gentil, ni del Cristiano sino para dolerse y contristarse al considerar quan errados iban los primeros del recto camino de su eterna felicidad. La sola representacion del lamentable estado en que se hallaban aquellas desgraciadas almas, heria con el mayor dolor sus tiernos corazones, movia su misericordia, excitaba su piedad, y les sugeria ingeniosos arbitrios para desengañarlos, haciéndose todo á todos para ganarlos á todos á Jesuchristo. Aprovechándose de la oportunidad que su misma profesion les facilitaba, ¿de que sutiles comparaciones tomadas de las mismas enfermedades, de que convincentes aplicaciones, de que clarísimos

exemplos no se valian para hacerlos ver quan errados iban, quan densas tinieblas de ignorancia cubrian sus entendimientos? Nada habia que resistiese á la eficacia de su zelo. Los mas obstinados pecadores, los hereges mas pertinaces, los mas encaprichados Idólatras cedian gustosos de sus vicios, de sus opiniones, y de sus errores. Convertidos estos dos ilustres Santos de Médicos en Apóstoles, al mismo tiempo que daban la salud á los cuerpos, hacian para la religion mayores conquistas, que pudiera en un pais enemigo el mas numeroso ejército. Los sucios Templos de la gentilidad se veian desiertos, sus ídolos echados por tierra, sus sacrificios abandonados, sus adivinos y sacrificadores despreciados, y sus ridículas ceremonias y abominables ritos olvidados. A la primera visita de nuestros gloriosos Médicos, el voluptuoso rompía con valor las negras cadenas del deleyte, el ambicioso se desembarazaba de la dura servidumbre de este vicio, el avaro distribuía á manos llenas sus bienes entre los pobres; y para no molestar, no habia vicioso alguno por desauciado que pareciese, que no recobrase la

perfecta salud de su alma. Esta fué, Señores, la caridad de nuestros Santos para con los enfermos.

Sea pues, ó sabios Profesores, la vuestra semejante. No llegueis á persuadiros que logrando de la Divina Providencia el grande beneficio de vivir en un país tan católico, en una Corte donde son tan frecuentes los sabios, y zelosos Médicos espirituales, estais enteramente exêntos del cuidado de las almas de vuestros enfermos.

No, vosotros sois muchas veces de quienes depende la eterna felicidad de los dolientes. ¡Ah! que aquellos ayunos quebrantados, aquellas vigiliass mal dispensadas, aquellas Misas no oidas, aquellos rezos omitidos, suelen ser la causa de la eterna desgracia de muchos! ¿Y os parece no sereis responsables de ella, si con vuestra nimia condescendencia, si con vuestra facilidad, si con vuestra adulacion contribuisteis á semejantes pecados? Y aquellas desdichadas almas, que solo esperaban vuestro aviso, para por medio de una dolorosa confesion, de que tenian urgente necesidad disponerse á recibir ese suavísimo Pan de la Eucaristia,

único Viático que nos dexó Jesuchristo para la eternidad, ¿que venganza no pedirán al Señor, si vosotros por no angustiarlas, por no dar que sentir á la familia, ó por no acreditaros de Médicos melancólicos, omitisteis intimarlas la debida recepcion de los santos Sacramentos? ¿ó si lo hicisteis fué en el tiempo mas importuno, quando perturbadas ya todas las potencias, nada podian hacer sino con tropelía y de prisa en el arduo negocio de su eterna salvacion? No intento afligiros con tristes declamaciones. Estoy persuadido á que ninguno de vosotros ignora las sabias providencias de nuestras antiguas leyes ¹, las terribles penas que imponen los Concilios generales ², los Sumos Pontífices ³, y sobre todo San Pio Quinto ⁴, has-

D 2

¹ Porque principalmente en los enfermos se ha de tener consideración á la cura del ánima :::: mandamos que los Médicos y Cirujanos guarden lo dispuesto por derecho canónico, en advertir á los enfermos que se confiesen, especialmente en las enfermedades agudas, en las quales el Médico, y Cirujano que las curare sean obligados á lo menos en la segunda visita, de amonestar al doliente que se confiese, so pena de diez mil maravedís para la nuestra Cámara y Fisco por cada vez que lo dexaren de hacer, tit. 16. ley 3.

² Concilium generale Lateranense II. in cap. 22.

³ Innocentius III. in edicto in eodem Concilio publicato.

⁴ In Constit. quæ incipit *Supra gregem Domini*: ann. 1566 in parag. 3: Hac nostra in perpetuum valitura Constitutione statuimus, et decernimus, quod omnes Medici, qui ad infirmos in lecto jacentes vocati fuerint, ipsos ante omnia moneant,

ta el extremo de privar del título al facultativo que visitase tercera vez al enfermo en una dolencia grave, y no le mandase disponer. Solo quisiera, que persuadidos á que el cuidado de la salud de las almas de vuestros enfermos no es un objeto enteramente ageno de vuestra profesion, se inflamasen vuestros corazones en una tan ardiente caridad, como la que hemos visto elevó á los gloriosos Santos San Cosme y San Damian al superior grado de perfectos Médicos Christianos.

En efecto, Señores, si como os dixé al principio, segun S. Francisco de Sales, nuestra verdadera perfeccion consiste en servirse de los medios convenientes y propios del estado de cada uno para adelantar mas y mas en la caridad, justamente nuestros Santos, por su infatigable asistencia, por su singular esmero, por su absoluto desinterés,

neant, ut idoneo confessori omnia peccata sua juxta ritum S. R. E. confiteantur, neque tertio die ulterius eos visitent, nisi longius tempus infirmo Confessor ob aliquam rationabilem causam :: :: concesserit, et eis per fidem Confessoris in scriptis factam constiterit, quod infirmi, ut præmittitur peccata sua confessi fuerint.

In §. 5. Statuit: Quod siqui Medicorum prædicta non observaverint :: :: perpetuo sint infames, et gradu medicinæ, quo insigniti erant, priventur, et à Collegio Medicorum ejiciantur.

Integram, rogo, Constitutionem legant Medici.

y por su singular cuidado de la salud, tanto corporal, como espiritual de los enfermos, merecen la corona de perfectos Médicos y Patronos de la Medicina. Y ya que desde el distinguido puesto de gloria, que al presente gozan, han acreditado con repetidos y públicos milagros tomar baxo de su protección esta Facultad, solo resta, que llenos de la mas segura confianza, acudamos á ellos implorando su favor.

Sí, gloriosos Santos, á vosotros acudimos: recibid estos tiernos cultos, que el Sabio y Real Tribunal del Protomedicato os dedica para conseguir vuestra asistencia en sus operaciones: alcanzadle del Señor, en premio de su piedad, aquel zelo activo é infatigable por el honor de Dios y bien de los hombres, que fué vuestro especial distintivo en esta vida: no permitais que el comun enemigo introduzca el espíritu de disension y de partido; antes inspiradle tal uniformidad de pareceres, tal caridad, tal concordia, que posponiendo todos los fines particulares, dirija sus operaciones á Dios, como fin único y necesario. Ni olvideis tampoco, ó ilustres Santos, á todos los que

con una sólida devocion concurrimos á festejar vuestras glorias: ayudadnos pues con vuestra poderosa, y soberana proteccion: amparadnos, consoladnos en nuestras enfermedades, para que teniendo la dicha de morir con una muerte feliz, celebremos despues vuestros triunfos en el Reyno eterno de la gloria. Amen.

COLLEGE

254-01/

426

UPZ/4-20 S/

REF: 152

...solida ...curriculum ...
...procedidos para con
...protección
...en vuestras enfer-
...para que repiendo la dicha de mo-
...una muerte feliz, creyéramos des-
...vuestros triunfos en el Reyno eterno
...de la gloria. Amen.